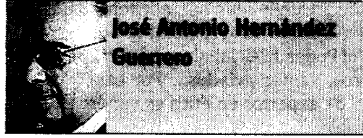


“Curro La Gamba”



José Antonio Hernández
Guerrero

CURRO la Gamba -un cantaor que, hasta el final de sus días, ha conservado la impecable pinta, la noble lealtad y la sencilla autenticidad del gitano fino- ha muerto de pena. Locamente enamorado de la rica personalidad y de la exuberancia de virtudes de Antonia -su mujer- y fervoroso admirador del arte supremo de “La Perla” -su artista- se recluyó en la intimidad de su mundo interior para alimentar su vida sólo de pesar y de dolor por la ausencia de una mujer que había constituido la fuente, la razón y el modelo de su existir. Desde que enviudó, su ros-

tro se cubrió por un denso velo de tristeza y su mirada, hasta entonces chispeante, se fue apagando de forma irreversible. Su exquisita cortesía desprendía un sutil aroma de desamparo y su esmerada cordialidad era incapaz de disimular la expresión de hondo abatimiento por esa amarga soledad que reflejaba toda su figura. Buscaba los lugares silenciosos y los espacios sombríos para recuperar, mediante el recuerdo, los episodios convividos con Antonia y los éxitos compartidos con “La Perla”: para paladear una y otra vez los momentos entrañables de una vida intensa y los detalles mínimos de un arte supremo.

“Antonia es mucha mujer y “La Perla” es demasiado artista para que yo pueda seguir viviendo sin ella”. Con estas palabras, repetidas por él una y otra vez, trataba de disuadirnos a aquellos amigos que, in-

genualmente, pretendíamos que saliera de fondo profundo de su “infinita soledad”. Cuando, para animarlo, elogiábamos su estremecedor ayeo, su voz quebrada, sus cantos sobrios y sus soleares entrecortadas que nacían de lo más hondo de sus entrañas lastimadas, nos cambiaba bruscamente el hilo de la conversación para repetirnos un aluvión de recuerdos de los episodios más intensos vividos al lado de su Antonia.

Cuando, con la intención de alentarlo, le pedíamos que nos contara anécdotas de sus tíos Manuel Torre y de Antonia la Gamba o que nos evocara los cantos misteriosos de sus maestros y de sus amigos como Manolo Vargas, Aurelio Sellé, Pericón, la Niña de los Peines o Chano Lobato, derramando lágrimas de deleite y de emoción, nos explicaba la fragilidad, la vibración y el refinamiento

del canto puro de “La Perla”; nos comentaba su simpatía y su tronío, su fino sentido de la belleza, de la armonía y de la elegancia fácil que, aligerada con la frescura de la brisa del mar. Su voz era flexible, transparente y moldeable como las arenas de nuestras playas.

La vida y el arte de este hombre sencillo -memoria hecha jirones e ilustración plástica de las heridas que explican el canto- constituyen una herencia que todos debemos conservar y administrar con gratitud, con respeto, con fidelidad y, sobre todo, con cariño. El testimonio de este artista y de este hombre bueno, que ha vivido y ha muerto con la hondura originaria y con la finura de su mundo interior, nos demuestra que Curro la Gamba es mucho más que un disciplinado palmero que escogió vivir bajo la ancha sombra de un frondoso y fecundo árbol.